

**APOSTILLA A MINIMA PHILOLOGICA. HACIA  
UNA FUNDAMENTACIÓN FILOSÓFICA DE LA  
FILOLOGÍA CLÁSICA\*.**

**Pedro Redondo Reyes**

Profesor Titular de Filología Clásica  
Universidad de Murcia

En el siglo XIX, el filólogo clásico Karl Lehrs escribió, en su decálogo sobre la tarea filológica, «no usarás la palabra “método” en vano». Es, entre otras cosas, una apelación al compromiso metodológico, sea este el que sea. Al igual que en ajedrez (donde se suele decir que es mejor tener un mal plan que ninguno), Friedrich Ritschl, el maestro de Nietzsche, estableció que «es mejor errar metodológicamente que encontrar la verdad sin método, es decir, por casualidad». Eran los días en que método y verdad no estaban necesariamente disociados; en otras palabras, el problema era el acceso a la verdad. Pues esta era única y necesaria, lo que da cuenta de una disciplina, la filología, alejada de los problemas de interpretación a la que se vio abocada de manos del propio Nietzsche. Si recordamos al Schleiermacher de *Sobre el concepto de hermenéutica con relación a las indicaciones de F. A. Wolf* y al *manual de Ast*, veremos cómo no sólo acaba con el dogmatismo de Wolf, sino que reafirma una vieja fórmula metodológica, la *divinatio*: «Tengo que protestar –escribe allí Schleiermacher–, por de pronto, por la [afirmación] de Wolf (...), contra la expresión según la cual se debe descubrir los pensamientos del escritor con una visión necesaria. (...) Se trata de un tipo completamente distinto de

---

\* Pedro Redondo Reyes, *Minima Philologica. Hacia una fundamentación filosófica de la Filología Clásica*, Murcia, Editum, Ediciones de la Universidad de Murcia, 2022.

certeza, también –como Wolf lo elogia de la crítica– más adivinatoria» (algunos intérpretes de Schleiermacher han llegado a decir, efectivamente, que la idea de *adivinación* en este autor está tomada de la «opinión verdadera» de Platón en el *Menón* 97d ss., así Sultana Wahnón; pero véase el *Epínomis*, 975c6). Esto viene al caso de *Minima Philologica: hacia una fundamentación filosófica de la Filología Clásica* (2022), ensayo concebido *ab initio* como un intento de aislar aquellos núcleos irrenunciables pregnantes de método, principios, axiología y demás que habían –al parecer– armado la filología clásica desde sus orígenes en las bibliotecas del mundo antiguo. En la Introducción de este ensayo se dice que la filología clásica es una disciplina con rasgos propios que dependieron del momento histórico (y así no es reductible la labor de Aristarco a la de Valla, la de Wolf a la de Siles), pero no problematiza que los núcleos irrenunciables mencionados permanezcan (in)variables en las diferentes épocas. *Minima Philologica* se detiene, por ejemplo, en la metáfora, en el significado, en la etimología, en la historia o en el estatuto del texto, entre otros temas. Naturalmente, todos ellos son fenómenos históricos (en el sentido de que para Porfirio el significado de un texto y, por ende, de sus palabras, era una cuestión de sobreentendido –*hypónoia*– mientras que para algunos filólogos actuales aquel debe prescindir de cualquier sentido oblicuo), por lo que, si son históricos, sus respectivas metamorfosis los hace inmanejables como constituyentes fijos de una disciplina cambiante. Se trata obviamente de una *contradictio* que en *Minima Philologica* pasa desapercibida, porque precisamente el tratado no se problematiza a sí mismo, más allá del continuo tono aporético de bastantes momentos argumentativos. Ciertamente, en la Introducción se da una suerte de *excusatio non petita* ante los reproches de algunos filólogos de eso que se ha llamado metafilología –por lo demás, una *excusatio* adelantada– y se propone una filiación con la obra crítica de Hamacher, Raimondi o Gumbrecht. Pero el propio intento de practicar una metafilología está condenado a enfrentarse a problemas difíciles. Por ejemplo,

una metafilología ¿supone escapar trascendentalmente de las determinaciones históricas de las prácticas filológicas? ¿Cuál es el punto en que se sitúa el metafilólogo? Quizá le baste con extender un certificado de historicidad, à la Gadamer, de su método y, por supuesto, de su objeto, pero quiere actuar como si él mismo no fuera un filólogo –o como si su filología estuviera *epékeina tês ousías* y no le afectaran los discursos de poder actuales, los amos a los que sirve o la irrelevancia de sus discursos. Pero el propio metafilólogo no puede dejar de hacer constar que la arquitectura de su propio discurso es una suerte de «pliegue» (en *Minima Philologica* aparece pero no se define tal concepto) del lenguaje sobre sí mismo: esto es, cuando se escribe allí (pág. 261) que «el propio quehacer exegético –que es histórico–, él mismo lenguaje, en su acercamiento y alejamiento infinitos del texto literario, experimentará el mismo pliegue haciéndose, de paso, historia», no puede –pues su propia constatación anularía todo el proyecto– o no quiere aceptar que su metafilología, por muy de tercer grado que lo sea (es filología de filología, no filología de los textos), integra, como todo metalenguaje, todo el lenguaje más un término añadido. Por desgracia para el metafilólogo, el término añadido que licita el metalenguaje es el conjunto de los «núcleos irrenunciables». En este sentido, *Minima Philologica* se ha dejado llevar por una ilusión o, si se quiere, por una falacia, cuyo fundamento se ve en una distinción que debemos a Peter Szondi: «Lo que caracteriza a la filología respecto de la historia es que incluso el texto más antiguo conserva una presencia en nada menguada. Mientras que la ciencia histórica puede y tiene que traer su objeto, el acontecimiento pasado, de la lejanía al tiempo presente del saber, fuera del cual no está presente, al saber filológico le es ya siempre dada la presencia de la obra de arte, ante la cual tiene que acreditarse renovadamente en cada ocasión» (*Estudios sobre Hölderlin*). En otras palabras, la obra de arte es dotada de un aura que impide que el filólogo suponga problema fenomenológico alguno y, por tanto, de identidad. Esta identidad, propia de su objeto –identidad *qua* permanencia–, es

asumida por el sujeto. No menor, por otra parte, es el problema del esquema de discurso, del *ataque* filológico propio. *Minima Philologica* está concebido como una sucesión de tesis a las que los escolios se enfrentan a menudo dialéctica o eruditamente; a su vez los escolios son aquilatados o negados mediante las notas (verdadera *nota de la filología*). Este esquema no es tanto un recuerdo del esquema clásico del texto literario y sus escolios a modo de satélites, cuanto, probablemente, una suerte de *mise en abyme* del propio discurso. Entiende, además, que los «núcleos irrenunciables» forman una sucesión inevitable, como si lógica y sintácticamente estuvieran generados de manera inevitable desde la etimología de los primeros capítulos hasta la mismísima filología del último. Esta arquitectura, que no cartografía conceptual, es un trasunto de la de la gramática y, en consecuencia, de la lógica interna del comentario tradicional por lo que, en este sentido, el metafilólogo no ha logrado escapar de la trampa que le impone su propia disciplina: como si el mapa coincidiera, como escribió Jorge Luis Borges, con la propia superficie de la Tierra. De haber alcanzado una posición trascendental, no se habrían ni cuestionado ni presentado los argumentos esperables (etimología, significado, metáfora...), pues simplemente se ha querido hacer filosofía haciendo historia de la filología. Tampoco una consideración contemporánea de cualesquiera otros ítems habría solucionado nada. Ahora bien, hablábamos del «problema del discurso». La metafilología no es nada nuevo en la tradición clásica. Fundamentalmente parte –aunque hay precedentes en el Humanismo– de los escritos publicados y no publicados de Friedrich Schlegel precisamente sobre filosofía de la filología. Sus anotaciones de cuaderno y su reflexión asistemática derivaron pronto en el academicismo de la *Darstellung* de Friedrich August Wolf, que justificó las nupcias de la pulcritud y acribia filológicas con el barro de la historia, la epigrafía y hasta de la numismática. Wolf fue el santo patrón de la tercera generación de escritos, de tono enciclopédico: las *Encyclopädie der Philologie* de Gottfried

Bernhardy (discípulo de Wolf), de Boeckh y del propio Nietzsche. Estas enciclopedias –que comenzaban con capítulos metodológicos– desembocan pronto en las monografías del positivismo filológico e historicista, donde el método se confunde con el resultado o, dicho de otra manera, los datos son el propio método, un mantra repetido *ad nauseam* en la Academia filológica en nuestros días. La genealogía expuesta sólo tiene aquí el valor de denunciar la incapacidad que tiene la filología actual para armar un discurso con la velocidad de escape necesaria para trascender su propia historia. La hermenéutica historicista sonríe de soslayo y, mientras sonríe, *Minima Philologica* no logra su objetivo. Es un descendiente más de este árbol genealógico y, lo que es peor, se declara, como ya se ha dicho, heredera de la obra crítica de Hamacher, Raimondi o Gumbrecht, lo que es decir del discurso metafilológico epocal. Por tanto, los dos grandes problemas apuntados son del orden del contenido y del continente, a su vez dos formas heredadas de articular lo que sea que haya, lo que sea que es, por más que aquellas dos formas sean lo suficientemente heurísticas. Pero al autor de esta *Apostilla* –como le ocurre al autor de *Minima Philologica*– le es imposible, por ahora, escapar de estas determinaciones, y quizá sea lo mejor. Pues, probablemente, el otro *élan* de este ensayo es una reivindicación de la propia filología clásica, «en un ámbito donde la metodología está muy bien establecida y donde no parece haber una necesidad de justificar aquello que lleva incluso siglos existiendo», como escribe en su reseña de este libro el catedrático de Filología Latina Francisco García Jurado (*Emerita* 91, 2023). Como en otros ámbitos y sus choques entre la institución y la inspiración, el método de aquellos Lehrs y Ritschl se confiesa insuficiente (iya desde la Introducción!) cuando el autor alega, como si de una *captatio* se tratara, las palabras de Werner Jaeger («estas páginas se dirigen ... a todos aquellos que buscan en el contacto con lo griego la salvación»). Porque esta es la última contradicción de *Minima Philologica*: deja en suspenso el dilema de la aprehensión de lo antiguo a través de

una *méthodos* universal, en suspenso la elección entre Wilamowitz y Stefan George, entre el positivista y el hierofante. Pierre Bordieu lo expresó mejor: no hay solución a la pregunta de si es el punto de vista el que crea el objeto artístico o son las propiedades del objeto artístico las que suscitan la experiencia estética. No obstante, como dijo un poeta del XIX, un dios no se defiende, un dios te protege, y para ello no es obligatorio que lo haga con las armas de los supuestos enemigos, en esta eterna ejecución de las *belles lettres*: *vivendi ac moriendi scientia, alta rerum quies*.